

Leer te hace mejor, superélo



ALFONS GARCIA

### Traspapelado

En este mundo extraño donde me veo cada dos por tres levantando la ceja y rascándome el cogote abrumado por la última noticia, ha tenido que venir una famosa *influencer* para que se hable de teoría de la lectura y poner el asunto a circular en las pantallas, que es donde se mueve el cotarro. Digo famosa aunque cuando me asaltó por primera vez el titular de 'escándalo Pombo', confieso que pensé 'qué se habrá montado ahora con don Álvaro', pero no. Error. Pombo era María, la *influencer*. Ya saben: subió un vídeo (¿estas cosas por qué suben y no bajan?) de una nueva estantería de su casa, un vacilón le contestó que estaría mejor si la tuviera llena de libros que se hubiera leído y no de trozos, y ella no se pudo contener (hasta las estrellas virales cometen errores de comunicación) y replicó: «No sois mejores porque os guste leer, hay que superarlo». Y se lió, *of course*, que de eso van estos tiempos en los que una buena bulla digital es señal de éxito. Y así, no han faltado intelectuales de pelaje variado en salir a dar la razón a la conclusión de Pombo (la creadora digital, insisto): los lectores no son mejores que los demás, ser lector no es garantía de ser mejor persona. El ejemplo reiterado ha sido el de un tal Adolf Hitler.

Y sí, vale, entiendo la conclusión. Claro que es así. Obvio, que dicen los modernos digitales. Lo que quieren, pero uno no puede contentar el exabrupto umbraliano: 'Pero qué coño'. Literal. No es lenguaje para un suplemento cultural, lo sé, pero permitan la licencia hoy que estamos en entretelas virtuales.

Leer cuesta. No se crean lo contrario. No sé qué aporta más, si introducirse en el mundo de la duquesa de Guermantes o en el de esa chica rapada apodillada Salander. Todo suma. Todo tiene su disfrute. No hay literatura sin goce, sí, pero la que más llena también requiere esfuerzo. Y no poco, en ocasiones. Eso también lo sé. Y sé que alcanzas esa cima con los pulmones llenos: con la sensación de tener una percepción del mundo y del ser humano más completa. Sí, te sientes (y te sabes) mejor persona que antes. Así que leer buena literatura no garantiza ser mejor persona, pero suele ayudar. Como mínimo, suele ayudar a entender que no hay personas mejores que otras: ni por leer, ni por acumular riquezas ni por ostentar poder e influencia. Todos esos prejuicios se superan mejor si has leído, si me permite, miss Pombo. Y basta ya de candideces y modestias impostadas.

## Lo que la bruma esconde

Una atmósfera brumosa arroja al lector a la búsqueda de su propio sendero en una obra de López Lam que obliga a pensar sobre lo que vemos más allá de la niebla



ÁLVARO PONS



NOELIA IBARRA

Tres niños. Solos. Sin adultos en un mundo desaparecido. La distopía no puede resultar más perturbadora que cuando es interpretada por un tierno infante. Bien lo sabía Cormac McCarthy, al dejar que la mirada del pequeño protagonizara su novela y provocando que el lector se implicara en la narración de forma instantánea, quizás empujado por ese impulso visceral y programado en nuestra genética de proteger a las crías.

Sin embargo, Martín López Lam nunca ha necesitado de la llamada animal para que el lector se lance sin red a sus obras. El autor de títulos como *Sirio*, *El año de la rata* o *El título no corresponde* ha optado siempre por ubicar en el lado del lector las decisiones más complejas, retándolo y desconcertándolo ante la necesidad de encontrar su propia interpretación. En su nueva creación, *Bruma* (Aristas Martínez/Ediciones Valientes), lanza una propuesta que se mueve en el terreno de la ciencia-ficción apocalíptica, protagonizada por esos tres niños abandonados a su suerte, pero con esa capacidad de retar en la lectura intacta.

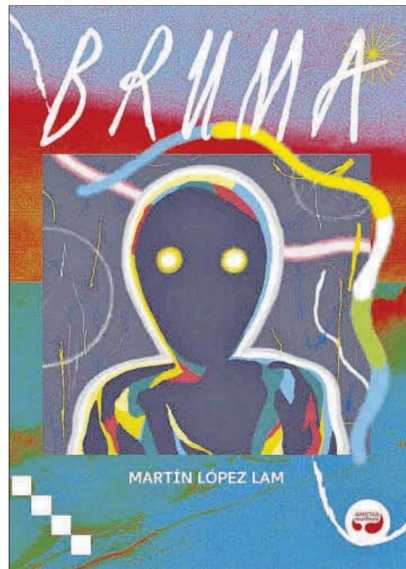
Desde un rabioso blanco y negro, visceral en el contraste de los espacios vacíos con la mancha de tinta, López Lam va construyendo una historia llena de misterios, marcada por una bruma estremecedora que todo lo envuelve. Un elemento icónico que involucra la intriga, desde el género detectivesco de Conan Doyle a la fantasía de King, y que para el dibujante supone una argamasa perfecta con la que apuntalar una atmósfera opresiva que nos deja ciegos y desamparados ante la aparición de elementos que se intuyen sobrenaturales, pero que nos hunden en un perturbador desconcier-

to. Los niños dibujados sin ojos están ciegos a su entorno, pero cuando la oscuridad los convierte en apenas sombras perfiladas, solo podemos ver unos ojos que nos inquietan con miedo y ansiedad, que nos piden que resolvamos el misterio, que nos enfrentemos como lectores a un demíurgo en pleno acto de imaginación. Y nosotros, como lectores, empezamos a buscar conexiones entre esa pérdida de la inocencia de la soledad infantil y la búsqueda de reglas a

las que asirse en un mundo que desaparece entre sus manos, como Golding narró en la naturaleza salvaje, pero ahora entre calles vacías que esbozan tiempos que fueron de bulliciosa humanidad y ahora son espectros sin vida...

Pero López Lam nos tiene preparadas nuevas sorpresas en un epílogo que nos recuerda a Bradbury mientras obliga a releer todo lo anterior con nuevas claves que hablan de esas colonizaciones que se convierten en invasiones, de ese concepto mutante de la patria que se diluye en su vacua autoexaltación hasta llegar a una realidad apática que solo encuentra espacio propio y consciencia en un tiempo, en la vivencia de una época, quizás la de la infancia que marcaba Rilke. El blanco y negro radical deja paso a un color explosivo, a una síncope de imágenes y textos que nos fuerzan a replantear lo sobrenatural y lo real como partes de un todo apenas esbozado, desde nociones que fluyen y mutan como en un caleidoscopio esquizofrénico desbordado por las ideas. Y, entre medio, López Lam juega con el

lector con esa peculiar socarronería del que se sabe en posesión de los tiempos, de las palabras que reconvierten el género en metáfora de esa actualidad circundante que habla de odio al migrante, que nos recuerda que seremos sustituidos por inteligencias artificiales que no sueñan con ovejas eléctricas. También el creador de Ubik se deja ver por *Bruma*, liderando un torrente de referencias de la cultura popular que impregna cada viñeta, escondidos por esa atmósfera brumosa que arroja a cada lector a la búsqueda de su propio sendero en esta obra polidélica y mutante, fascinante y embriagadora, pero también muy peligrosa en estos tiempos: nos obliga a pensar sobre lo que vemos más allá de la niebla, en nuestro mundo.



### Bruma

Martín López Lam  
Aristas Martínez/Ediciones Valientes  
208 páginas. 23,50 euros

# VR

VIÑETAS RARAS